

CIUDADANÍA CIBERNÉTICA, LA NUEVA UTOPIÍA TECNOLÓGICA DE LA DEMOCRACIA

Ángeles Díez Rodríguez

Universidad Complutense de Madrid

En los últimos años están proliferando los discursos alrededor de las potencialidades democratizadoras de las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (NTIC)¹. El espectro teórico en el que se mueven estos discursos abarca desde la consideración de las NTIC como complemento de los procedimientos y técnicas utilizadas por la democracia representativa hasta sus potencialidades para generar nuevas formas de ciudadanía en el camino hacia una nueva democracia directa, cuyo modelo de referencia sería la democracia ateniense. Asimismo, los sectores jóvenes de la población y la fascinación y facilidad con la que han asumido estas tecnologías han sugerido la posibilidad de un renacer de nuevas identidades y ciudadanías bajo el paraguas tecnológico. El punto de partida suele ser una cierta idealización sobre las grandes potencialidades de las NTIC para revitalizar el campo de la participación social y política.

En la mayor parte de los casos se coincide en relacionar los problemas que enfrenta la democracia representativa y las oportunidades que ofrecen las NTIC, especialmente en lo relativo a incorporar a los sectores más escépticos respecto de

¹ Utilizamos el término Nuevas Tecnologías de la Comunicación y la Información (NTIC) para incluir no sólo el fenómeno de Internet sino el conjunto del sistema informacional actual que incluiría la red física de comunicaciones que interconecta nodos (Internet), las modalidades de intercambio de información mediante transferencia de archivos, la videoconferencia, chats, el correo electrónico, la mensajería instantánea, la Word Wide Web (tejido mundial de páginas digitales organizadas por un protocolo que permite localizarlas y enlazarlas; y que suele identificarse con Internet). Este término nos permite distinguir el objeto que estudiamos de otras tecnologías como la radio o la televisión que aun estando integradas se convierten en partes de un sistema más global.

la democracia. Podemos sintetizar algunos de los argumentos más arraigados de la siguiente forma:

- a) *El modelo democrático parlamentario habría ido perdiendo legitimidad* (absentismo electoral, pérdida de credibilidad de los partidos políticos, falta de participación política en general...) especialmente en determinados sectores como los jóvenes. Las NTIC permitirían recuperar, aunque sólo fuera en parte, esa legitimidad debido a la facilidad y cercanía con la que el mundo político se presenta a los ciudadanos.
- b) *El espacio político habría dejado de ser un espacio de debate público al perder la ciudadanía el interés por la participación en las instituciones tradicionales* (partidos, sindicatos, organizaciones sociales...). Las NTIC ofrecerían espacios deliberativos que acercarían los problemas a la población y permitirían recoger sus opiniones.
- c) *Existe una demanda de participación política* que hasta ahora ha tenido que enfrentarse con obstáculos derivados de la complejidad de las sociedades modernas pero que ahora podrían resolverse gracias a las posibilidades de gestión de datos que ofrecen las tecnologías digitales; asimismo, se hace hincapié en que Internet *está abriendo nuevos espacios de participación política*.

Estos argumentos forman parte de las posiciones más optimistas respecto de la solución tecnológica del llamado «déficit democrático» que vive el mundo moderno en el horizonte de la globalización, especialmente relacionado con la falta de participación de los jóvenes en las instituciones y en los mecanismos propios de la democracia representativa. Aunque otros autores, sin considerar que existen problemas graves de participación política, sí suelen otorgar un papel importante a estas tecnologías —sobre todo en el campo de la administración de la democracia.

Probablemente la «crisis del modelo democrático» vinculada al hecho tecnológico, esté relacionada, no tanto con el absentismo ciudadano como con el desarrollo de vías alternativas de construcción de ciudadanía o de participación político-social que de hecho ya se han puesto en marcha (comunidades virtuales, desarrollo del software libre, listas de discusión, etc.); es decir, con un uso «democrático no esperado» de las NTIC, y que viene superando las propuestas iniciales de unas tecnologías que, en su origen, no han sido el resultado de un contexto preocupado por la participación de la población en las formas de gobierno.

De este modo, las NTIC pueden haber puesto sobre la mesa, quizá de forma indirecta, la relevancia del debate sobre la posible transformación del modelo democrático en dirección a un modelo de democracia directa o, en cualquier caso, hacia los ideales igualitarios y participativos incluidos en el ideario de la democracia.

Han surgido términos como tecnodemocracia, tecnopolítica, democracia electrónica, Netizen, E-govermente, etc.², y en el desarrollo de los mismos se otorga un papel privilegiado a la tecnología de la información hasta convertirla en el instrumento todopoderoso que redefine una nueva y futura forma de democracia: más democrática, más participativa, más igualitaria, etc. Sin embargo, dentro de esta nueva «imaginería», parecen estar imponiéndose las visiones que, sin dejar de alabar sus potencialidades, las recluyen en el ámbito del desarrollo y/o profundización del modelo de democracia representativa, específicamente centrándose en el «voto electrónico», o en la recogida de información de la ciudadanía al estilo de un gran sistema de encuestas. Otros van más allá sugiriendo un replanteamiento de la democracia en la sociedad mediática que suponga alterar las relaciones de poder (modificando las formas tradicionales de control de la información), mejorando la comunicación entre los ciudadanos en general y sus representantes políticos, completando las insuficiencias participativas, etc. Pero sin dejar de considerar la necesidad de la mediación entre los ciudadanos y el gobierno, es decir, apostando por la mejora de la democracia representativa.

En estas expectativas democratizadoras colocadas en las NTIC hay dos supuestos implícitos. Por un lado, considerar que el «déficit democrático» de las sociedades modernas está relacionado con la capacidad de circulación y procesamiento de la información; es decir, que las oportunidades abiertas están relacionadas exclusivamente con las oportunidades que abre el hecho tecnológico. Por otro lado, pensar que es posible la construcción de un nuevo espacio público-político ajeno a los intereses dominantes que despertará mayor confianza en el ciudadano, tanta como para motivar su participación; o tal vez, la esperanza de que las NTIC puedan ser alteradas al servicio de los ciudadanos aunque esto no estuviera previsto por quienes las pusieron en marcha. Finalmente, y profundizando en los dos supuestos anteriores, se deduce la consideración implícita del fenómeno tecnológico como un proceso neutro y objetivo, visto por la ciudadanía de la misma forma que es vista la economía, como un destino neutral y sin conciencia. Aunque se habla una y otra vez de la brecha digital y se afirma que «*Internet no puede proporcionar una solución tecnológica a la crisis de la democracia*» (Castells, 2001: 179) se incide especialmente en el factor del uso adecuado y en el papel de los poderes públicos en la solución de las desigualdades que implica que la tecnología no llegue a todo el mundo.

En cualquier caso, el aspecto más interesante de los análisis sobre democracia electrónica tiene que ver con la revitalización de la democracia como sistema de participación social; la construcción de un nuevo espacio público-político en el espacio virtual de Internet, y la formación de una nueva ciudadanía siguiendo el modelo del ciberespacio (abierta, en red, libre, igualitaria). En la dirección en la que Bobbio llamó «promesas incumplidas» de la democracia y que otros autores señalan como insatisfacción con la calidad de la democracia o insuficiencias que

² A partir de ahora utilizaremos el término democracia electrónica en sentido genérico para hablar del problema relacionado con la participación democrática y la construcción de ciudadanía en el campo de las NTIC.

pueden llegar a resolverse, por lo menos en parte, gracias a las NTIC (Subirats, 2002). Sin embargo, este aspecto solo puede considerarse en el contexto de una sociedad cambiante en la que determinados sectores irrumpen como ciudadanía reivindicando las NTIC como un espacio más a disputar. ¿Estamos asistiendo a una nueva utopía tecnológica en el ámbito de la política?

Existe en la mayor parte de los análisis una alusión implícita al elemento generacional en la medida en que se señala a los jóvenes como el usuarios principales de estos medios, pero también como una población objetivo hacia la que dirigir las expectativas democratizadoras. Los jóvenes se han mostrado apáticos, descreídos y pasivos ante un sistema electoral que poco o nada tiene que ofrecerles en términos de participación real en la toma de decisiones. A veces, no se trata de una demanda efectiva de estos sectores por una participación en los mecanismos tradicionales de la democracia sino, más bien al contrario, se detectan en estos espacios virtuales formas de participación y construcción de ciudadanía que parecen moverse al margen de los mecanismos institucionalizados habituales. Se pone de manifiesto así la relación estrecha entre el concepto del espacio y la política que destaca Cairo (2002: 19); y cómo no, la necesidad por parte de los defensores de la democracia procedimental de que ese «cuarto espacio»³ que constituye el ciberespacio no se convierta en un espacio político fuera de la política formalizada y estandarizada. Dado que si esto último llegara a darse supondría realmente una crisis del modelo de democracia representativa desde la misma práctica cotidiana. Pero lo que para unos resulta un peligro para otros es una nueva oportunidad de recuperar el «sentido de la política».

Desde nuestro punto de vista, evaluar la potencialidad real de las NTIC en cuanto a la capacidad democratizadora y para incorporar a los jóvenes al sistema político implica dos análisis paralelos. Uno sobre la propia democracia, y otro, de carácter epistemológico, sobre la finalidad y supuesta neutralidad de la tecnología que ha de ponerse al servicio de la democracia y que se relaciona con el discurso de la accesibilidad y usabilidad.

Empezaremos por este último para poder deshacer los mitos y expectativas democráticas y continuaremos desvelando algunas experiencias que, desarrolladas en los márgenes o aprovechando las fisuras, se nos presentan como experiencias de ciudadanía que sí apuntan en dirección a una mayor democratización de las estructuras de poder unidas al factor comunicacional, y que, sin duda, suelen estar protagonizadas por los jóvenes.

Algunas promesas democratizadoras de las NTIC: accesibilidad y usabilidad

Las demandas fundamentales a las NTIC suelen situarse fuera de su proceso de generación y desarrollo y se colocan en el campo de su comercialización, dando por

³ Algunos autores hablan de «tercer entorno» y lo describen en términos de revolución civilizatoria, de tecnosfera o infoesfera, que da lugar a un espacio social nuevo que modifica y altera los otros entornos. Ver A. Toffler (1991) y J. Echeverría (1999).

supuesto que no tiene sentido cuestionarse el porqué de determinada tecnología, los objetivos que se planteó su nacimiento y desarrollo, ni los problemas que trata o puede solucionar determinada tecnología. Supuestamente porque se trata de un proceso puesto en marcha de forma *cuasi* automática y sin que podamos hacer nada por evitarlo, ni siquiera para interceptarlo y/o redireccionarlo. Algo así como lo que ocurre con la globalización, o tal vez, porque es visto como una consecuencia lógica de la globalización. Podemos ver esta posición en expresiones como «Internet llegó para quedarse», o «lo importante es que todos puedan estar conectados».

Desde este enfoque se habla de la «brecha digital» que separa a los países pobres de los ricos y se apuesta por luchar por la generalización y accesibilidad de estas tecnologías a todos los usuarios potenciales (Castells, 2001)⁴. Ése parece ser el problema de las NTIC para convertirse en un baluarte democratizador de la sociedad globalizada. En este sentido, las NTIC actuarían como igualador y corrector de los desequilibrios sociales, evitando que la brecha social se trasladara al espacio tecnológico. Posiciones más críticas también plantean como tema clave el «acceso» como si se tratara de un recurso más en disputa que hubiera que arrebatar a los poderes económicos que tienden a apropiarse de estos nuevos recursos. En otras ocasiones ven en las NTIC un instrumento posible de transformación y reivindicación democrática en manos de los movimientos sociales, y, por tanto, sus críticas se dirigen hacia el desarrollo de los contenidos que circulan por estas redes así como hacia su «uso no adecuado» por parte de los poderes públicos o de los privados que las convierten en un bien al servicio del mercado.

En cualquiera de los casos, el problema de las nuevas tecnologías y su potencialidad democratizadora se sitúa en un plano **cuantitativo de accesibilidad** (generalización) y de **usabilidad** (popularizar su uso). Se da por supuesto que ambos elementos relativos a un bien son constituyentes del modelo democrático en el que la libertad y la igualdad son conceptos que coexisten en el camino hacia la verdadera democracia. Pero estos problemas de las NTIC no las diferenciarían en lo sustancial de los planteados a otros medios tradicionales como la televisión o la radio y de la misma forma que podemos plantear para estos medios tradicionales si su generalización y popularización han contribuido a mejorar la democracia podríamos hacer lo mismo respecto de estos nuevos medios. La pregunta que se plantea aquí es ¿al generalizarse las NTIC permitirán un mayor acceso de los ciudadanos a la información y por tanto se les ofrecerán mayores oportunidades de participación y de ejercicio democrático? Para el caso de los jóvenes y su participación democrática

⁴ Este autor, referencia obligada en el análisis de las NTIC, centra su propuesta en el terreno de la accesibilidad capaz de modificar las diferencias estructurales originadas por el sistema productivo; también interpreta Internet como un terreno en disputa con los movimientos sociales y los agentes políticos que lo utilizan, reproduciendo así el esquema de conflicto social clásico en un terreno nuevo o en relación a un nuevo recurso. Obvia, por tanto, el análisis epistémico situándose en una perspectiva pragmática (oportunidades, retos, dificultades...) ya clásica en la evaluación de la tecnología.

tica no parece que pudiera ser ésta la respuesta teniendo en cuenta que es el sector donde su uso está más generalizado (nos referimos al mundo desarrollado). Cualquiera respuesta pasa por la contextualización de las NTIC y su relación con el conjunto de intereses económicos, políticos y sociales que las generan y dan forma, deshaciendo así el mito moderno de su neutralidad, y considerando que en tanto que instrumentos de comunicación incorporan una lógica de uso. Sin duda se trata de un ejercicio analítico que ya se planteó respecto de los medios tradicionales y que puso de manifiesto sus limitaciones respecto a su potencial revitalizador de la democracia, pero convendría asumir el riesgo de plantearlo en el caso de las NTIC ya que integran y desarrollan tecnologías anteriores. Dado que, como diría el filósofo Emilio Lledó, vivimos envueltos en una «pragmaticonería» que nos impide reflexionar sobre el sentido profundo de las NTIC y sus consecuencias (Lledó, 2002), nos es difícil desprendernos del «parece ser» y buscar el ser, aunque sea en potencia, de un fenómeno que nos concierne en nuestro propio desarrollo vital y humano.

Mucho más que el ciberespacio, quizá sea el teléfono móvil, que ya integra el resto de las tecnologías de la comunicación (televisión, telefonía e Internet), quien mejor represente la imagen física de la transformación actual, igual que lo fue el automóvil, producto y símbolo de la producción en masa. Sin embargo, Internet como red de redes y el ciberespacio parecen ser el símbolo de la nueva esfera pública en la era globalizada. Es el ciberespacio al que se le supone potencialidad constituyente de una nueva ciudadanía.

Es importante considerar que el ideal tecnológico ha devenido mito en el contexto de una sociedad funcional y poco contestataria que ha quedado subyugada por la «magia» de la computadora. En este contexto se entiende la pregunta que se hace Donal Norman⁵ sobre por qué la tecnología actual es tan poco humana, tan poco adaptada a las necesidades humanas reales incluso en sus diseños; y a pesar de esto, esta tecnología supera a las anteriores en su fascinación y expectativas. Al encerrar el ámbito de la discusión sobre las NITIC en el plano de los efectos o los usos, el hecho tecnológico aparece como el fundamento liberador de las sociedades. Es decir, desde su gran capacidad y potencialidad, no desde su concreción cotidiana, que pondría sobre la mesa los usos reales, el peso de los aspectos más conservadores y reaccionarios, la individualización y el aislamiento que produce, etc. Las reivindicaciones se derivan hacia el aspecto más voluntarista que confiere a los poderes públicos la capacidad y el deber de controlar y «democratizar» el nuevo espacio; o hacia las reivindicaciones sobre una mayor presencia de determinados sectores sociales (programas de reciclaje, proyectos de expansión tecnológica en zonas rurales, programas de ayuda para la implantación en el tercer mundo, etc.).

La pregunta que descansa en el olvido cuando se ponen en marcha estos programas de expansión y generalización de las NTIC es la que se refiere a los proble-

⁵ D. Norman es un estudioso de las tecnologías, directivo de la empresa Hewlett-Packard, y se centra sobre todo en cuestiones de usabilidad y diseño. Ver: D. A. Norman (2000).

mas que se tratan de resolver y si son estos problemas los fundamentales para los ciudadanos y países a los que se aplican.

El mito de la neutralidad tecnológica y el de su perversidad. Tecnofóbicos y tecnofílicos

Hoy en día, poner sobre la mesa un análisis crítico de la tecnología supone quedar situado en una u otra corriente de «tecnofílicos» o «tecnofóbicos», porque tanto para unos como para los otros suele identificarse la tecnología con la técnica, es decir, con una parte de ella, esencialmente con la que tiene que ver con el uso de las herramientas o con instrumentos, procedimientos y organización. La tecnología no se trata como una totalidad sino sólo con relación a sus componentes específicos que son aceptados o descartados, según Watson (2002: 15) «*en función de los criterios de la religión tecnológica: eficiencia, velocidad y compatibilidad con el conjunto en su totalidad*».

En general, no se plantea el hecho tecnológico como resultado lógico de determinado tipo de sociedad, en nuestro caso una sociedad que tiende a una globalización en cuyo horizonte de desarrollo no está la justicia social o la equidad sino, muy al contrario, la reproducción y conservación del capitalismo y su lógica de máximo beneficio. Hoy en día poner en duda la tecnología resulta incoherente porque define nuestra propia idea de razón; la tecnología está, de forma invisible, en todo lo que hacemos, en nuestra forma de vida y cada vez más en nuestra forma de pensar en un tipo específico de sociedad. En este sentido, la computadora, el teléfono móvil, Internet... no son más que los aspectos representacionales de la Tecnología moderna (Watson, 2002). Autores que sí contextualizan el devenir tecnológico y nos señalan su imposibilidad para crear «comunidad» o sociabilidad suelen avisar sobre los efectos perversos de desvertebración y desestructuración⁶ que amenazan nuestras sociedades. Sin embargo, estos autores son poco receptivos respecto de la capacidad de la propia sociedad para revertir o resistir estos procesos.

Interesa señalar que el concepto de tecnología se traduce de forma habitual como métodos o instrumentos que utilizamos, cuando en realidad se trata más bien de un todo complejo que configura una forma de vida, es decir, un sistema. En esa medida, es necesario advertir sobre sus efectos sociales, pero de la misma forma en que puede ser apuntada la capacidad social para transformarla.

La tecnología no es un conjunto de instrumentos sino el resultado de «**relaciones sociales**» que producen herramientas, instrumentos, máquinas, procedimientos, organización, fines y objetivos (sobre todo estos últimos). Desde esta perspectiva, la tecnología pierde su carácter mitificado cual «regalo de los dioses» y

⁶ Dominique Wolton (2000) es uno de estos autores que merece la pena revisar por la interesante descripción que hace de los efectos de Internet sobre la comunicación y sobre la sociedad en general. Véase también, J. A. Pérez Tapias (2003); especialmente el capítulo 4 «Posibilidades de humanización y riesgo del «sin-sentido» en el mundo digital».

adquiere esa dimensión de producto humano que nunca debió perder. La pérdida de antecedentes humanos convierte a los fenómenos sociales en destino religioso, algo parecido a lo que ha ocurrido con la economía, bien en sentido de su rechazo o bien en su aceptación irracional.

Esta pérdida de los referentes sociales de la tecnología no es nueva, tiene su origen en la separación entre ciencia y tecnología. Un primer efecto de esta distinción fue que sirvió para eximir a la ciencia de responsabilidades respecto a sus productos⁷. Se cargó sobre el lado práctico de la ciencia (ciencia aplicada) el peso de sus consecuencias sobre el ser humano y sobre la sociedad. Así, la ciencia definida como pura aparece como fundamento de la técnica pero separada de ésta. Esta escisión contribuye al proceso mitificador de la tecnología ya que se la descarga de intereses sociales, económicos o políticos. La tecnología, como la ciencia pura, no es «buena ni mala» sino el uso que se haga de ella y la mayor parte de las veces el mero hecho de su posesión ya constituye un valor.

El siguiente efecto fue la «ocultación del proceso de producción de la tecnología» y sus productos técnicos. Se nos presenta como algo dado, independiente del hombre y de sus prácticas vinculado únicamente al desarrollo natural y lógico de la sociedad, *cuasi* resultado de la evolución natural. Un desarrollo único e incuestionable que responde al avance y progreso, siempre en positivo, de las sociedades y, en consecuencia, del ser humano que las conforma. El hecho tecnológico deviene en mito al perder de vista al creador, el gran relojero retorna bajo la forma de «máquina inteligente».

Desde la Revolución industrial no es posible separar la ciencia y la técnica de los intereses económicos y sociales, porque la revolución industrial no sólo transforma el sistema de producción de mercancías reemplazando las herramientas artesanales por las máquinas, incorporando nuevas fuentes de energía, cambiando el proceso de producción, etc., transforma las relaciones entre los hombres y vincula para siempre el desarrollo científico con la producción de mercancías (materiales o inmateriales) y por tanto con la acumulación de capital. La máquina creada por el hombre transforma al hombre, no sólo porque le impone su tiempo y su ritmo de trabajo, sino porque, poco a poco, va dibujando el horizonte de desarrollo posible y por tanto probable.

La máquina, que no es sino un elemento más de la tecnología, lleva en su interior los códigos que ésta le transmitió desde su origen; cual códigos genéticos, permítaseme la metáfora, lleva en su interior su futuro desarrollo. No queremos con esto decir que exista un determinismo absoluto, éste se daría si, efectivamente, no habláramos de creaciones humanas sino divinas. De este modo, la tecnología implica siempre un proyecto histórico-social, dado que supone una determinada relación con el entorno y una finalidad; dos preguntas están siempre implícitas en

⁷ Una reflexión fundamental sobre el concepto e historia de la tecnología desde las distintas corrientes de pensamiento se encuentra en la obra de Montserrat Galcerán y Mario Domínguez (1997).

ella «¿para qué?, ¿cómo? Ocultar este hecho es, como apuntábamos al inicio, un acto de poder.

Esta perspectiva epistemológica redefine la relación entre democracia y tecnología desde otros parámetros, explicando, en cierto sentido, por qué el problema de las NTIC se ha situado en el plano de la accesibilidad y usabilidad, y no en el de sus objetivos y consecuencias, campo este último que nos permitiría evaluar más precisamente sus potencialidades democratizadoras.

Podemos decir que «*del mismo modo en que se ha confundido el capital con los aparatos industriales y con la riqueza acumulada, cuando es ante todo un conjunto de relaciones sociales, también se ha reducido la tecnología a la imagen de máquinas y herramientas, cuando en realidad se ha convertido también en un complejo de relaciones sociales, en una «red de instrumentalidad» y por lo tanto, en una forma de dominio cualitativamente diferente»* (Watson, 2002: 16). Ha sido la sociedad moderna capitalista la que ha generado determinado tipo de tecnología que a su vez genera determinadas herramientas, instrumentos, métodos, procedimientos y técnicas, y con unos fines determinados.

La identificación que se hace entre la producción, la distribución y el consumo como una totalidad tiene que ver, según Ellul⁸ con la visión moderna de la sociedad, que a su vez coincide con una forma de entender e interpretar lo que es el desarrollo, identificándolo con «desarrollo técnico». Sin embargo, en otro tipo de sociedades, que desde nuestra mirada occidental moderna se nos pintan como «primitivas», la técnica sólo se aplicaba a determinadas áreas de la vida, e incluso en aquellas actividades que hoy consideramos como específicamente técnicas como la producción, podía llegar a ser secundaria. El ejemplo que pone Ellul es ilustrativo, nos dice que, para conseguir un objetivo económico pequeño, el esfuerzo técnico se convertía en secundario, por ejemplo, frente al placer de realizar colectivamente la recolección», en el caso de la agricultura tradicional, «*la actividad de mantenimiento de las relaciones sociales y de los contactos humanos predominaba sobre el sistema técnico de las cosas y sobre la obligación de trabajar*»⁹.

Este ejemplo nos sugiere que el hecho diferencial entre la tecnología de unas sociedades y otras no se encuentra tanto en el tipo de instrumentos desarrollados como en el papel asignado a la tecnología.

Pero, también es significativa la expansión de determinado tipo de tecnologías que se convierten en dominantes en cualquier tipo de sociedad. Proceso unido al desarrollo económico de la globalización que no es, como pudiéramos pensar, un proceso de racionalización técnica, sino de hegemonía económica. Viajemos donde viajemos cada vez es más frecuente encontrarse con los mismos instrumentos técnicos, los mismos procedimientos y métodos de trabajo, los mismos hábitos y objetos de consumo. Lo que Nahomi Klein define como expansión de las marcas, que es una transformación más vital y significativa que una generalización estética

⁸ Ellul, *The Technological System*, citado por Watson (2002), p. 33.

⁹ Ibidem, p. 20.

de gustos o necesidades (N. Klein, 2001). El imperio de la franquicia en el ámbito de la distribución y el consumo tiene su correlato en el campo de la producción pero también en el de la tecnología en el sentido que estamos usando este término, más próximo al de «horizonte de desarrollo» que al de instrumental técnico. En el mundo moderno las tecnologías se reducen y aparece La Tecnología con mayúsculas, que puede llegar a tener múltiples expresiones en los aspectos más superficiales (la mayor parte de las veces estéticos) pero no en su sentido profundo.

Por tanto, una evaluación contextualizada de las tecnologías nos aleja de los extremos tecnofóbicos o tecnofílicos y nos permite considerar la democracia electrónica como parte del conjunto de transformaciones sociales complejas que están teniendo lugar en nuestros días.

Las Nuevas Tecnologías y el mito de la participación democrática

Desde la invención del telégrafo (1794) tanto los científicos como los políticos elaboraron discursos sobre las promesas emancipadoras de las tecnologías a distancia. Se decía que contribuirían a la creación a escala de nación del ágora ateniense. Estos augurios han acompañado a los principales descubrimientos tecnológicos relacionados con la comunicación y la información, tanto a la radio, como a la televisión como ahora a Internet. Por lo tanto, sería interesante ver las experiencias democratizadoras en otros medios y preguntarnos ¿por qué la red ha de ser diferente? El profesor Néstor García Canclini nos dice respecto de las experiencias democratizadoras de los medios tradicionales en América Latina, que han hecho más por promover la calidad cultural para minorías que por contribuir a desarrollar el pluralismo informativo (García Canclini, 2000: 2). El ciberespacio y las NTIC en su conjunto no son un fenómeno que esté fuera o por encima de la sociedad sino un reflejo de la sociedad que pone en funcionamiento un gran conjunto de instituciones, intereses y poderes. ¿Qué papel ha tenido la sociedad civil en la democratización de otros medios de comunicación como la televisión o la radio y qué nos hace pensar que con Internet será diferente? ¿No ha sido durante todos estos años modificada la sociedad civil por el uso de las tecnologías anteriores? ¿Qué sociedad civil han generado la radio y la televisión?

Ubicadas en el contexto de las relaciones sociales, lo más significativo de las NTIC tal vez no sea el desarrollo de nuevos espacios, instrumentos o formas de comunicación sino el paso de la interacción social a la comunicación de masas y sus consecuencias (mercantilización de la comunicación y la información); es decir, una característica compartida con tecnologías anteriores como la radio o la televisión, que adquiere en la sociedad actual un papel hegemónico y ciertas características específicas. La comunicación de información de forma rápida y eficaz está al servicio de determinadas necesidades económicas de la producción en masa pero también de la gestión política de la ciudadanía. Esto hizo que los medios de comunicación de masas que ahora llamamos tradicionales (prensa, radio y televisión) no sólo cubrieran las necesidades de los individuos de estar mejor y más informados

sino que se pusieran al servicio del modelo democrático para «orientar» a los ciudadanos respecto de sus decisiones políticas¹⁰. Por otro lado, no está tan claro que la necesidad de recibir cada vez más información esté detrás de la proliferación de los medios, por lo menos si tenemos en cuenta el proceso de concentración de la propiedad mediática, o lo que mueve realmente a los grandes medios que no es sin duda la venta de información sino vendernos a nosotros como audiencias a otras compañías como las de tabaco, perfumes, ropa, etc.

De modo que los medios tradicionales antes que proporcionar información o favorecer la comunicación entre los usuarios, que sería uno de los pilares del modelo democrático, crecen y se reproducen bajo la consigna de «manejar» a las masas en su alianza con los poderes públicos y económicos. En esta perspectiva las NTIC continúan una lógica de sentido en relación al desarrollo de las tecnologías de la comunicación que se inserta en la cadena del «desarrollo» del conocimiento que nació con la Ilustración, y que explica, tanto el desarrollo del capital industrial de finales del XVII, como la dirección que ha tomado el desarrollo de las nuevas formas de capital asociadas a las tecnologías.

Encontramos la base filosófica de la que se nutre el desarrollo de las NTIC en el pensamiento utilitarista y racionalista principios del XVIII que sentó las bases de la modernidad. Como dirá A. Bilbao (1999), con el surgimiento de los principios teológicos de la economía moderna: el pragmatismo y la eficacia serán el núcleo de la economía y el horizonte del desarrollo. En otras palabras, más allá de la computadora y el ciberespacio, todo el instrumental técnico de la modernidad occidental (desde los primeros medios de comunicación de masas a las NTIC) ha sido el producto lógico del desarrollo económico y sus principios rectores.

Frente a las tecnologías de otras sociedades, el hecho diferencial de la tecnología occidental arranca de estos orígenes utilitaristas y/o instrumentales del pensamiento moderno. Tiene que ver con este descentramiento del ser humano que, al tiempo que convierte a la economía en el núcleo duro de la sociedad, transmuta las relaciones sociales en relaciones económicas o de intercambio, relaciones mediadas, en el ámbito específico de la economía por «el dinero» como describió Simmel, en el ámbito de la comunicación por la técnica.

La racionalidad tecnológica tiene su origen en el sentido «práctico de la vida» que en el lenguaje común expresa la pulsión humana que nos lleva a tratar de resolver los problemas que nos plantea la subsistencia. Pero en las sociedades modernas se ha convertido en el lugar común donde nos instalamos para justificar nuestra impotencia frente al mundo que nos rodea, esencialmente tecnológico y configurado por determinada tecnología. Un mundo marcado, no por el *hacer*, sino por el *funcionar*, y en el que las rutinas y el automatismo así como la flexibilidad son el ideal que se intenta imponer al ser humano para conseguir un individuo perfecta-

¹⁰ Sin duda es imprescindible remitirse a los análisis de Chomsky sobre el papel de los medios de comunicación en los sistemas democráticos. Entre ellos, «El control de los medios de comunicación» en I. Ramonet (2001) así como Chomsky (2001 y 2002). Ver también J. B. Thompson (1998).

mente adaptado y disciplinado. No es ya un ser humano obrero, ni siquiera un ser humano máquina, ni un ser humano instrumento, es un «ser humano dato», cuya principal función vital será producir información y ser él mismo información. El gran panóptico con el que se identifica el ciberespacio se extendería a la propia esencia del individuo convirtiéndole a él mismo en pura información para su venta y procesamiento. Desarrollando el análisis foucaultiano en la idea del aligeramiento de peso del poder externo que tiende a lo incorpóreo y evita el enfrentamiento directo¹¹, se trataría de incorporar al individuo convirtiéndolo en parte de la maquinaria, parte del código, de modo que no solo interioriza el control mediante el disciplinamiento suponiéndose vigilado, sino que adquiere la categoría de pieza de la que se nutre la tecnología.

Un individuo que ha dejado de ser analógico, o que tiene que dejar de serlo para poder adecuarse al espacio y tiempo digital en el que produce y es producido¹². Del Charles Chaplin autómatas al ciudadano que pende del matrix electrónico. Este «individuo necesario» es el individuo que propone la tecnología moderna y al que se le proponen determinadas formas de participación política (por ejemplo el voto electrónico, o el acceso a los programas electorales vía Internet) que simulen nuevas vías de participación e interacción social en el campo, cada vez más restringido, de la política.

Asimismo, poco o nada se habla acerca del modelo comunicativo de las NTIC. Se habla de interactividad, de participación, sin que se pueda determinar exactamente qué significado tienen estos conceptos aplicados a las NTIC.

«Los entornos creados por las nuevas comunicaciones socializan a la gente de una forma muy diferente a como se aprendía a pensar, sentir y actuar como seres humanos antiguamente a través de costumbres y modos; las estructuras tecnológicas están «revolucionando» la reacción humana forzando la vida a someterse a los parámetros de las máquinas» (Watson, 2002: 44).

¿Qué tiene pues que ver la interacción mediada por la computadora, la interacción virtual, con la interacción físico-biológica?

Susan Sontag declaraba en una entrevista que *«estamos asistiendo a un cambio antropológico producido por el capitalismo y su modelo de vida»*, que *«no hay más criterio que el mercantil, y, para hablar en términos de Gramsci, ese criterio ha terminado por conquistar las mentalidades»*¹³. Habría que reflexionar en qué parte de

¹¹ Ver M. Foucault (1994).

¹² La tecnología dominante es analizada por muchos autores como la aparición de un capitalismo informacional de carácter global a partir del desarrollo y difusión de las NTIC. Lo que caracterizaría a la sociedad actual respecto de la que resultó de las revoluciones industriales del siglo XVII y XIX (cuya base fue el desarrollo y generalización de nuevas fuentes de energía) sería el procesamiento del conocimiento, de la información y la comunicación. Ver, P. Bauman, «Estados, Política e Internet», Hipersociología [en línea], URL: <http://www.hipersociologia.org.ar/papers/baumannsp.htm>.

¹³ Susan Sontag, Entrevista, El País, 22.12.02.

ese cambio está implicada la tecnología y pensar sobre la «utopía tecnológica» y sus creadores.

Por otra parte, el ser humano cuya comunicación está mediada única y exclusivamente por la máquina es el ideal de individuo moderno. El ser humano «tecnológico» se comunica con y por medio de códigos preestablecidos, de forma individual en la soledad de su cubículo, sustituye la acción social por la conectividad o la simulación de actividad (interacción virtual)¹⁴. Es un individuo cuantificable, controlable, predecible. ¿No se parece este individuo al de la democracia liberal? ¿No es el mismo que opera en el contractualismo hobbesiano y kantiano? ¿No es lo más parecido al ideal de individuo económico de A. Smith, en el que la red actúa cual mano invisible interconectándonos a aquellos que defendemos intereses comunes y resolviendo el conflicto de forma objetiva y aséptica por medio del sumatorio de individualidades conectadas?

«Todo lo que pueda amoldarse al ordenador o transmitirse mediante la tecnología, permanecerá; lo que no, desaparecerá. Aquello que permanezca será a su vez transformado debido a su aislamiento respecto a todo lo que ha sido eliminado y en el proceso cambiaremos de forma irrevocable. Al cambiar el lenguaje, el lenguaje transformará la vida cotidiana» (Watson, 2002: 45).

Desde nuestro punto de vista, la fragmentación y la atomización, la dispersión, son características de la sociedad moderna que la red no impide sino que favorece. A no ser, claro está, que la sociedad en la que incida esté viviendo un proceso de rearticulación que convierta Internet en un complemento de otras dinámicas sociales, como parece que está ocurriendo entre los jóvenes. La potencialidad comunicacional de Internet tiene que ver más con la pseudo experiencia que con la interacción compleja entre seres humanos que comparten e intercambian en un orden simbólico construido y reconstruido continuamente en el proceso de interacción. La formación de la subjetividad por la interacción virtual no puede ser la misma que la generada por la comunicación real; aunque todas las esperanzas se pongan en esta simulación de realidad cuando no existe otra cosa. ¿Qué importancia tiene lo que ocurre en estos espacios para la vida real y efectiva de los ciudadanos? ¿No será al revés? ¿No será que las transformaciones sociales estén variando la interacción virtual convirtiéndola en un proceso complementario y potenciador de la interacción social?

El mito de las oportunidades de participación política se desvanece ante la hegemonía de unas NTIC desarrolladas por y para determinadas formas de gestión social; ya que, como dice Bilbeny (1999: 106-107)

«el problema de la democracia en la era de la información no es la «tecnología» ni la necesidad de «expertos», sino la falta de interés por la misma democracia, que

¹⁴ En algún momento de su obra M. Castells dirá que estamos ante una sociedad que puede llamarse «sociedad en red» al estar caracterizada por la preeminencia de la morfología social sobre la acción social, lo que constituyó otro aspecto de la simulación interactiva.

acaba excusando en los obstáculos de la «técnica». Al revés: los medios técnicos representan hoy nuevas oportunidades para ampliar la democracia, siempre, claro está, que exista la voluntad de hacerlo».

Lo que ocurre es que tal vez sí exista esa voluntad que empieza a ponerse de manifiesto de forma muy incipiente en la forma en que determinados sectores sociales disputan y cuestionan el ciberespacio. Especialmente los jóvenes que comienzan a resistirse a determinada lógica tecnológica desarrollando software libre, creando foros de debate, buscando la interacción versus la compra, buscando y creando espacios tecnológicos que los orienten en la saturación mercantil y el ruido que trata de resituarlos continuamente en su papel de receptores pasivos al servicio de las NTIC y para mayor gloria del sistema.

Según Zyman Barman (2002), la sociabilidad flota a la deriva en las sociedades modernas, quizá sea por eso que para determinados sectores de jóvenes Internet y en concreto la comunicación que establecen a través de chats, listas de correos, foros de discusión etc. expresen esa búsqueda de un terreno sólido donde arraigar sus deseos de comunicación e interacción social. Sin embargo, hasta hace poco estos espacios en la red se inscribían más en el terreno del habla que en el de la acción social; en general, no suponían vías de canalización estables sino momentos fragmentados, intermitentes, momentos de expresión aislados que no requerían asumir las responsabilidades que conlleva la interacción no mediada.

Los acontecimientos sociales relacionados con la globalización han generado y hecho resurgir la reivindicación y la protesta social que han colocado a Internet en el terreno de la acción y no sólo del habla (convocatorias, propuestas de acciones, etc.). Estos espacios están pues, siendo resignificados por la práctica social apuntando hacia la construcción de formas más estables y menos difusas de participación social.

El discurso de las oportunidades políticas que abren las NTIC y la posibilidad de un nuevo paradigma democrático

El discurso de las oportunidades políticas de las NTIC nace a principios de los 70 con la crisis económica que origina la subida de los precios del petróleo. No sólo se habló de crisis de crecimiento sino de Gobernabilidad de las democracias occidentales (informes de la OCDE, ONU, CEE). La apatía electoral, el acelerado crecimiento del abstencionismo, la falta de participación política en las campañas electorales, eran datos que señalaban la pérdida de confianza en el sistema político de partidos y que apuntaban hacia la necesidad de revitalizar la esfera pública.

Mientras que para los sectores más críticos esta pérdida de confianza, de credibilidad y por extensión de legitimidad del sistema político estaba relacionada con la pérdida del control sobre los asuntos públicos y por la apropiación de la esfera pública —en sentido habermasiano— por los Medios de Comunicación Masiva (prensa, televisión y radio) que habían trivializado, comercializado y trans-

formado lo público-político en un espectáculo; para otros se abría la posibilidad de resolver la crisis económica junto con el consenso político a través de las NTIC. El informe Nora Mic en 1978 planteaba la Informatización de la sociedad como una propuesta tecnológica y política de renovación del sistema democrático por la vía de la renovación tecnológica. En 1984 se planteó la desreglamentación de las redes financieras y sistemas de comunicación, pero es en el año 90 cuando aparece Internet con el carácter de red mundial de redes interconectadas, tres años después el World Wide Web proyecta Internet a todo el mundo¹⁵. Es en estos años cuando el sector comercial entra en escena poniéndose a la cabeza del desarrollo y manejo de la tecnología que hasta entonces estaba encabezada por el sector académico, gubernamental y ciudadano. Hasta entonces, tampoco se permitía su uso con fines comerciales pues había redes paralelas (la red bancaria, la de transmisión de datos de empresas telefónicas, los servicios privados de correo electrónico, etc.).

En 1994 el vice-presidente de EEUU, Al Gore, con motivo de la conferencia de Unión Internacional de Telecomunicaciones, UIT, en Argentina presenta la propuesta de desarrollar la «sociedad de la información» que populariza con la expresión «*la superautopista de la información*» (Leon, Burch y Tamayo, 2001: 36). Se trataba de incorporar todas las redes existentes en un solo sistema. Internet se convierte en el modelo de superautopista. En febrero de 1995 el G8 adopta el proyecto de «la autopista» con dos principios políticos básicos: liberalización y acceso universal.

Contrariamente al discurso inicial, a partir de ese momento la aceleración de los fines comerciales superaba ya con creces los principios universalistas. Pero también en esa época J. Kane acuña el término de *netizen* o «ciudadano de Internet» y la red, como espacio ciudadano y académico sigue conservando y desarrollando un foro abierto y sin dueños aunque continuamente tensionado por la necesidad de pagar distintos peajes: el del software, el de las infraestructuras, etc. Así pues, el interés creciente por la democracia electrónica o la Tecnopolítica hay que situarlo en un doble escenario montado sobre los procesos económicos de globalización y sobre la llamada «crisis de la democracia» o «déficit democrático». En el fondo, un problema de legitimación del sistema que encuentra en las NTIC un repuesto aceptable para revitalizar el ideal democrático. Sin embargo, como ya vimos, el modelo de democracia que propone revitalizar el ciberespacio sigue siendo el modelo triunfante de democracia liberal porque también es el ideal y el sentido del propio desarrollo de las NTIC. Un modelo en el que la deliberación de los ciudadanos sobre los asuntos públicos que les competen es sustituida por la negociación entre grupos o como dice C. Kohn (s.f) «*por la distribución de los recursos regulada por las imperativos del mercado*». Es decir, el contexto político en el que se enmarcan las promesas democratizadoras es un contexto restrictivo, cuya intención real

¹⁵ Para un análisis histórico y crítico de la sociedad de la Información es de referencia obligada la obra de Armand Mattelart, especialmente Mattelart (2002).

parece estar más dirigida a su potencial legitimador o lo que es lo mismo a la búsqueda de un nuevo consenso¹⁶. Este fue el mismo contexto político —ya hemos visto en los apartados anteriores el contexto económico-social—, aunque con sus matices, que orientó el desarrollo de los medios tradicionales y que tiene que ver con la idea de «medios masivos» de comunicación. En cierto sentido, como señala Wolton, la comunicación es en las sociedades modernas un elemento normativo de las luchas por la democracia y la libertad (Wolton, 2000: 12) de modo que se convierte en un recurso del ejercicio de poder en la democracia actual.

Como ya hemos señalado, el resultado de esta relación medios masivos-políticos y ciudadanos no es muy diferente a la establecida con los medios tradicionales ya que las demandas de la sociedad civil hacia las NTIC están dirigidas no hacia la transformación del marco político que las define, no hacia los derechos de información, ni hacia la participación real en las decisiones políticas, ni hacia el reequilibrio económico que favorezca la participación real, sino que el énfasis se ha puesto en los derechos de acceso, es decir, en los derechos del consumidor. En el sentido en que G. Canclini afirmaba que, para una gran parte de las personas, ser ciudadano hoy es tener derecho a poseer aquello que otros poseen. Más allá de los derechos políticos, civiles y sociales, la ciudadanía referida a las prácticas sociales y culturales que nos dan sentido de pertenencia se ha ido construyendo sobre la «posibilidad de tener acceso a lo mismo que el grupo de referencia, tanto en materia de bienes cuanto de servicios». De esta forma, los medios, y en concreto la mercantilización de todos los ámbitos de nuestra vida, nos habrían conducido a la demanda del «derecho al consumo» que nada tiene que ver con una movilidad social real, con la participación política o con la justicia social.

Sin embargo, de la misma forma que el análisis epistemológico nos señala los límites de la tecnología como potenciadora de nuevas formas de democracia, también nos permite encontrar las fisuras que son económicas, políticas y sociales, que señalan las potencialidades, tal vez no de la tecnología pero sí del ser humano, para transformar la tecnología en función de sus deseos y aspiraciones democratizadas. En este sentido, se pueden considerar las aportaciones que pueden hacer las NTIC a la democracia en aquello que se consideran como insuficiencias o problemas, especialmente las relacionadas con la participación y la ciudadanía activa, la toma de decisiones, el distanciamiento continuo entre los representantes y representados, la falta de transparencia, la asimetría etc. (Subirats, 2000: 91).

En un sentido aristotélico, dichas potencialidades pueden no llegar a concretarse pero el devenir histórico nos muestra que pueden darse, que ya se están dando, experiencias que apuntan en direcciones no preestablecidas ni por la lógica de esta tecnología ni por la del modelo democrático moderno.

Llegado a este punto podemos de nuevo plantearnos la pregunta inicial, ¿puede el espacio virtual constituirse en un nuevo ágora social? ¿Pueden las nuevas tec-

¹⁶ Entendiendo por consenso la idea de aceptación del modelo o las reglas de juego predeterminadas.

nologías reconstruir esos espacios políticos que no fueron capaces de reconstruir tecnologías anteriores? Si como señalaba Bauman los antiguos ágoras fueron apropiados por emprendedores entusiastas y reciclados en parques temáticos mientras la apatía política sigue negándonos el derecho a construir otros nuevos, podemos reflexionar sobre esas «consecuencias no queridas» de las NTIC que han permitido la reapropiación de espacios virtuales y formas de comunicación que están dando nuevos sentidos a la democracia, por ejemplo, las comunidades virtuales, los foros de debate, el movimiento de software libre, los «medios de comunicación alternativos» o agencias de información, periódicos y revistas de la Web, etc.

Si fuéramos más allá del voto electrónico que parece ser la única propuesta «democratizadora» lanzada desde los poderes públicos hacia las NTIC, las experiencias prácticas que localizamos en la red se dirigen hacia:

- a) la recuperación del espacio público que hasta ahora había sido monopolizado por los medios tradicionales; recuperación que está íntimamente relacionada con el despertar del interés por la política de determinados sectores como los jóvenes;
- b) la construcción de una ciudadanía que demanda transformaciones en la estructura de la democracia representativa avalada por las posibilidades de mayor acceso y generación de información;
- c) mayor participación en las decisiones público-políticas. Estos tres rasgos se refieren a las propuestas iniciales respecto a las NTIC en tanto que dinamizadoras del modelo democrático, pero van más allá en tanto que muestran las expectativas ciudadanas respecto de la democracia actual.

Estas expectativas no tienen que ver con la profundización de la democracia en el sentido de su legitimación electoral, sino en el sentido que Ch. Mouffe (Mouffe, 1999) se refiere a la «democracia radical», profundizando y desarrollando estructuras que permitan transformar las democracias actuales en democracias participativas.

La recuperación del espacio público y el naciente interés por la política

Según un comunicado de 1996 de la Comisión Europea «una de las características exclusivas de Internet es que funciona simultáneamente como un medio de edición y de comunicación». A diferencia de los medios tradicionales, Internet puede implementar distintos modos de comunicación: de uno a uno, de uno a muchos y de muchos a muchos. Un usuario de Internet puede pasar de ser «conferenciante» a ser «oyente» y viceversa. En cualquier momento, un receptor de información puede convertirse en un proveedor de información (Yarto, 2002). Esta posibilidad permite a las NTIC sustraerse al monopolio y concentración que han sufrido otros medios tradicionales, y hace que, de momento, funcionen más como espacios públicos. No sabemos hasta cuándo y durante cuánto tiempo.

La reivindicación de los medios de comunicación tradicionales como espacios públicos al servicio de la sociedad civil casi se ha convertido en una propuesta revolucionaria. Para algunos autores, es necesaria la regulación democrática de estos medios y de los nuevos, de forma que la sociedad civil haga valer sus derechos de ciudadanía y reclame el carácter público del ciberespacio (p. Tapias, 2003: 136). Sin duda esto debería ser así, aunque no es menos cierto que las NTIC nacen ya en un contexto en el que los defensores de los medios públicos parecen casi haber dado por perdida la batalla. No obstante, en el caso de Internet se da una característica especial que la convierte en un medio más propicio para desarrollar una nueva esfera pública que viabilice las propuestas de un nuevo paradigma democrático. Se trata de los bajos costes en relación a su capacidad para ser un medio de difusión de masas.

Hoy en día es relativamente fácil construir un nodo de comunicaciones en la Web que conecte y difunda todo tipo de informaciones alternativas y que se convierta en un espacio virtual dedicado a facilitar el acceso y la conexión asociativa así como a la transmisión de información que no recogen los grandes medios. Su capacidad y alcance puede ser tan importante como la de un medio tradicional sólo que no está condicionado por los criterios comerciales de financiación por parte de un grupo empresarial, la venta de publicidad etc. Espacios como nodo50, sindominio, Indymedia etc. Se han convertido en referencia obligada del mundo asociativo español. Pero también surgen páginas específicas que empiezan a funcionar espontáneamente como espacios de debate, centros de difusión de conocimientos, puntos de encuentro y difusión de movilizaciones etc.

Estas experiencias que para muchos significan efectos no queridos de las NTIC señalan la recuperación de espacios públicos, en el sentido, tal vez, de una nueva publicidad¹⁷ mediática que no implica espacios físicos de reunión pero que puede tener mayor alcance y popularización.

Para algunos autores, esta recuperación de la esfera pública a través de las NTIC permitiría recuperar la participación de los ciudadanos no en los mecanismos tradicionales de elección de partidos pero sí dentro del modelo de democracia representativa. Esto es así porque los indicios del descenso de participación de los ciudadanos en las elecciones mostraría más un descrédito hacia los partidos, parlamentos, gobiernos y formas de operar de la democracia que hacia el sistema democrático en sí (Subirats, 2002: 92) No se piensa que haya un sistema mejor pero sí se desconfía de sus instituciones y su trayectoria histórica; la crítica por tanto supera la desconfianza hacia un partido u otro y apunta hacia la materialización concreta de la democracia como forma de gobierno. Así, las instituciones y los mecanismos democráticos son vistos por la ciudadanía más como instrumentos de gobierno que como instrumentos de participación de los ciudadanos. De ahí que estos espacios abran expectativas de recuperación de la relación perdida «población-gobierno».

¹⁷ Ver Habermas (1999) y, especialmente, Habermas (1982).

Sin embargo, las propuestas más interesantes para la democracia electrónica no serían las que se limitan a incorporar las NTIC a los instrumentos y procedimientos de la democracia representativa sino a la posibilidad de construir una forma específica de ciudadanía social cuyo referente sería el tejido asociativo susceptible de trasladarse o reconstruirse en el ciberespacio. Una ciudadanía comunitaria que podría o no estar territorializada (Subirats, 2002: 104) y de la que podríamos señalar algunas características como por ejemplo su horizontalidad, la ausencia de monopolio del estado o de los partidos tradicionales, el predominio de valores inclusivos, etc. Si la tecnodemocracia acaba encerrada en los marcos tradicionales de la política el modelo de referencia, como nos advierte Rodotá (2000: 20) será el de la producción y el consumo, asimilando la oferta política a la de los productos y servicios de las campañas electorales en forma de flujos de información. Por eso, habría que aventurarse a pensar la democracia electrónica en el sentido de transformaciones profundas de la cultura política, de la esfera pública y de la participación ciudadana. Transformaciones complejas que implican, desde el punto de vista de la teoría, el estudio de la tecnología al tiempo que el estudio de los procesos de cambio social. Es decir, considerar la democracia electrónica como un sistema, como un todo, y no como un medio.

Las NTIC suponen nuevos canales por los que puede circular mayor cantidad de información y a su vez proporcionan mejor y más fácil acceso a los ciudadanos (sin duda a los ciudadanos del norte desarrollado). Indirectamente esto podría suponer mayor poder para los ciudadanos, y especialmente para aquellos sectores como los jóvenes que se mueven mejor y están más predispuestos a su uso. Al mismo tiempo, la información que se mueve por Internet es más difícil de controlar y permitiría la distribución de contenidos alternativos de forma masiva.

Las dimensiones de la información almacenada en Internet tienen alcance exponencial, a medida que se incorporan más usuarios éstos pueden no sólo actuar como meros receptores sino transformarse en emisores, en la línea en que los teóricos de la comunicación acuñaron el término de *emirec*. En la primera acepción, la de emisor, Internet funcionaría como gran biblioteca de alcance mundial y de acceso libre permitiendo que todos los ciudadanos accedieran de forma rápida y directa a los documentos gubernamentales. Se trataría de la llamada propuesta de «Gobierno en línea» u «on line» cuya premisa es la disponibilidad de la información para todos los ciudadanos. En este sentido estaría la experiencia del Congreso de EEUU que a través del proyecto Democracy. net distribuye información de las Audiencias.

Pero no habría que confundir la conexión a Internet con la audiencia activa y participativa como tampoco sería correcto lo contrario, considerar al espectador de TV como un ser únicamente receptor pasivo de los contenidos y sentidos que se le suministran desde este medio. De la misma forma que la información recibida desde un medio tradicional no cae en un recipiente vacío sino que es «resignificada» por el sujeto que la recibe desde su propia experiencia y su interacción con los demás, mucho más en la red se ofrece la posibilidad de que el ciudadano se convierta también en emisor.

Los defensores de una democracia procedimental cuestionan que la red esté funcionando como un espacio público y reducen sus potencialidades al orden privado con grandes ventajas en cuanto a la voluntariedad, el espontaneismo, la instantaneidad y la comunicación directa, cualidades éstas que no se consideran apropiadas o ventajosas para la esfera público-política (Cotarelo, 2002: 10) Dado que se trata de un medio que se sitúa en el directo y la instantaneidad, no se le supone al usuario-ciudadano capaz de adoptar decisiones «reflexivamente» a través de estos nuevos medios y, dado que las decisiones por mayoría no deben adoptarse irreflexivamente, el papel de las NTIC no debe superar sus virtudes administrativas y de gestión, o tal vez ha de limitarse a mimetizar los usos de los medios tradicionales limitándose a reflejar, mostrar e informar, sobre la actuación de sus gobernantes. La democracia electrónica aparece reducida así a la emisión del voto.

Sin embargo, las evidencias prácticas del uso de la red como espacio deliberativo pueden considerarse como la apertura de la horquilla de la participación política. Indudablemente no se trata del uso más frecuente de las NTIC, mucho menos entre los sectores jóvenes, pero no cabe duda de que si consideramos las potencialidades de las mismas en el campo no procedimental o formal, aquí encontramos una vía de participación del ciudadano en los debates públicos y la posibilidad de articular mecanismos deliberativos que lo saquen del papel de mero espectador. Estas oportunidades han sido interpretadas por parte de los defensores de la democracia procedimental como un nuevo asalto al parlamentarismo. Sin embargo, frente al argumento clásico que justifica la democracia representativa frente a la democracia directa (tamaño de la población y naturaleza de los problemas a tratar) las NTIC permitirían superar estos problemas y avanzar en el ideal rousseauniano de democracia, es decir, hacia un modelo de democracia directa en el que pudieran superarse los problemas planteados mediante la deliberación y la eficacia en el proceso de toma de decisiones que permiten las NTIC (Subirats, 2002: 107). Desde mi punto de vista, ésta constituye la perspectiva más interesante para analizar el papel de las NTIC en un proceso de cambio social y no como mero correlato lógico de la instrumentación democrática.

No obstante, partiendo de que la tecnología, en sí misma, no es democrática y de que esta tecnología de la información y la comunicación no surge de un contexto altamente democratizado sino todo lo contrario, hay que preguntarse ¿qué posibilidades tiene la sociedad civil para redefinir las tecnologías en un sentido democratizador y hacia la construcción de un nuevo modelo democrático?

Algunas de las respuestas tienen en mente la democratización del ciberespacio garantizando:

- a) que los ciudadanos cuenten con habilidades y capacidades previas para poder hacer uso de este espacio,
- b) que todos los afectados por las decisiones políticas puedan participar a través de este medio,
- c) que la opinión de cada uno pueda someterse a examen público y
- d) que la arquitectura de la red también facilite la comunicación pública (Cairo, 2002: 26).

Las transformaciones que han producido las NTIC, o la ciudadanía en las NTIC, tienen que ver con la construcción de un nuevo espacio de participación e interacción social y por tanto con el nacimiento de un nuevo espacio político, o por lo menos de un nuevo espacio de acción política. Pero podría analizarse este hecho como la recuperación de espacios tradicionales mediante la conexión. Algo así como la oportunidad que ofrecerían las NTIC y en concreto Internet para reconstruir el tejido social fragmentado y atomizado por el desarrollo del capitalismo. Dado que la actividad política se ejerce en el territorio estaríamos ante el surgimiento de un nuevo territorio susceptible de convertirse en un nuevo espacio de acción y participación política. Un espacio de flujos estaría sustituyendo a un espacio de lugares haciendo irrelevante el territorio como campo de acción política (Cairo, 2002). Pero también se señala que la experiencia humana y los significados de la misma se siguen construyendo localmente por lo que habría que acomodar la acción política a los dos ámbitos. En realidad, dado que hablamos de dos ámbitos de la política lo que parece lógico es que ambos empiecen a funcionar interactivamente, formando parte de un todo social y de unas prácticas cotidianas que conecten ambas esferas. El ser humano no sabe vivir fragmentado sin caer en procesos patológicos, tiende por tanto a la integración en un solo ser de las múltiples identidades que lo constituyen. Tiende a la articulación porque tiende al sentido. En esta complementariedad puede ubicarse un nuevo proyecto para las NTIC en el campo de las necesidades democráticas.

El problema de los límites territoriales suele ser, en realidad, un problema para los estados en el sentido de acotar el ejercicio del poder y los sistemas de control¹⁸. Es para ellos que se plantea como un problema los límites de una comunidad política en relación a definir quiénes, en un sistema democrático, tienen el derecho de decidir sobre los temas que les conciernen. Aunque, como señala Cairo, tal vez en un sistema en el que prima la representación sí es fundamental delimitar la comunidad política, pero no en un sistema que prime la participación, de modo que la cuestión principal pasa a ser «quién interactúa» no quién puede hacerlo (Cairo, 2002: 25) En todas estas propuestas, el espacio deja de ser un obstáculo infranqueable para la democracia participativa y de la misma forma que no lo es para los estados nacionales porque, de hecho, hay estados más grandes y más pequeños, tampoco puede esgrimirse el argumento de la gobernabilidad.

Los ciudadanos a través de la red podrían no sólo acceder a los programas de sus representantes sino podrían elaborar sus propias propuestas de gobierno que harían llegar a los políticos, e incluso se convertirían en ciudadanos activos estableciendo las prioridades políticas¹⁹. Aunque hay que decir que, hasta ahora, las expe-

¹⁸ Aunque este problema parece haberse resuelto con la guerra moderna en las que los límites y las condiciones las impone el poder dominante, su poder se ejerce hasta donde llega su fuerza y posibilidad militar.

¹⁹ Se cuenta ya con gran cantidad de proyectos puestos en marcha por parlamentos, consejos de ciudad, vecinales, etc. Pero la mayoría en esta línea. Uno de los pioneros fue la experiencia de

riencias prácticas han tenido más que ver con la idea del control y la información y no con la elaboración y participación. Pero existen otras experiencias como las de las «comunidades virtuales, digitales o cibercomunidades» que tienen otro carácter. De hecho la sociedad en red es anterior al desarrollo de Internet pero Internet, su estructura descentralizada y flexible está permitiendo romper los límites temporales y territoriales, dando paso a las iniciativas de estos foros de comunidades. En su nivel mínimo no se diferencian mucho de lo que podrían ser los suscriptores a una revista pero en su nivel máximo surgen los grupos cooperativos, las listas de discusión, etc. en la que los internautas entablan discusiones, colaboran y aportan en la reflexión y en el conocimiento, proponen acciones que luego se concretan localmente en el territorio, etc. Junto con estas cibercomunidades, la experiencia del movimiento pro «software libre» cuyo punto de partida es el movimiento «linux»²⁰ es otra de las experiencias que nos permiten señalar esa brecha de construcción de espacio público y por tanto de ciudadanía. Tal vez fuera de las propuestas más institucionalizadas en relación a las oportunidades políticas que abren las NTIC. Otra cosa diferente sería analizar qué conexiones tiene o podrá tener en la disputa de un espacio público más abarcador y generalizable.

Reflexiones finales

El espacio tiene que ver necesariamente con la política como muy acertadamente nos recuerda Heriberto Cairo (2002: 19) al señalarnos el origen etimológico de la palabra política que no es otro que el de polis. El espacio es consustancial con lo político y por eso hay una política del espacio. El ciberespacio es un «cuarto espacio» cuyo origen y significado es político en un doble sentido. En primer lugar porque, como ya vimos, la tecnología que lo hace posible no es neutra y en segundo lugar porque es un territorio de acción e interacción (espacio de comunicación).

La esencia de la política en el mundo griego era la comunicación, el diálogo, el habla. El hombre era un «zoon politicon» porque gozaba de una cualidad que lo distinguía del mundo animal y el vegetal. El ciberespacio creado por las NTIC es

«Democracia electrónica de Minesota» en 1994 que, a propuesta de un grupo de ciudadanos, recogía en la red las preguntas y propuestas de los ciudadanos y los candidatos podían responder públicamente las preguntas que les hacían los votantes. Otra de las experiencias más destacadas en este sentido es la del Ayuntamiento de Bolonia en 1995 que creó el sistema Hipérbole, que consistía en una red gratuita que permitía a los ciudadanos enviar peticiones y quejas por correo electrónico a más de 1300 oficinas municipales.

²⁰ El movimiento «linux» fue impulsado inicialmente por un estudiante universitario finlandés llamado Linus Torvald. Se trata de un sistema operativo que se puso a disposición libre para que todos los programadores de software que quisieran pudieran desarrollar el sistema y sus aplicaciones. Los códigos fuente son abiertos y cualquiera puede modificarlo para lograr un funcionamiento mejor a condición de que las modificaciones sean compartidas con el resto de la comunidad. Este sistema operativo fue el que más creció en el año 2000.

un espacio de habla, con limitaciones, pero un espacio de habla en muy diferentes niveles (correo electrónico, páginas Web, portales, foros, chats, ...). En este sentido decimos que es un espacio político, no en el sentido en que la conducta privada deviene comportamiento público (Hanna Arendt, 2001) sino más bien en el sentido en que podría llegar a ser un sistema complejo de esfera pública.

El gran riesgo es que se quede sólo en un espacio privado sin trascendencia, lleno de ruido y dedicado mayoritariamente al comercio; también que se convierta en un medio de comunicación al estilo tradicional dominado por grandes corporaciones y al servicio de las élites políticas. Pero sus potencialidades en este momento tienen que ver con favorecer la reconstrucción de la trama social, permitiendo que las demandas y deseos democratizadores de los ciudadanos tengan la fuerza suficiente para disputar un espacio propio.

Por su parte, la democracia electrónica ha de ser, para ser democracia, algo más que un procedimiento formal para testar la opinión pública, recoger los votos y realizar consultas periódicas. No puede convertirse en una máquina de legitimación plebiscitaria siendo incorporada como un mecanismo más al servicio de la transmisión y procesamiento de la información. Si la reducimos a esta cuestión acabaremos por abortar su capacidad creativa e innovadora subsumiendo sus posibilidades dentro del magma de la «democracia realmente existente». Si esto último ocurre, las NTIC serán domesticadas como lo fueron los medios tradicionales, volviendo al seno materno (contexto económico-político) que le dio su ser.

Por otro lado, es indudable que las nuevas tecnologías poseen, en estos momentos, grandes potencialidades comunicativas y participativas, las mismas que posee la propia sociedad para constituirse en una nueva ciudadanía democrática. El riesgo es que, como ocurrió con los medios anteriores, sean domeñadas al servicio de determinada forma de democracia que sólo supone y tolera la participación de sus ciudadanos en aquellos asuntos que no son de especial interés para decidir sobre su destino.

La reducción de la democracia electrónica a sus aspectos procedimentales lleva implícita la asunción del modelo liberal de democracia. Ésta se apoya en el consentimiento de la ciudadanía para ser gobernados. Un consentimiento que se refrenda «necesariamente», en nuestro país, cada cuatro años y cuyo valor simbólico es la legitimación de la democracia representativa que cede el derecho de gobernarse a una élite política. Por supuesto podemos asumir que éste es el modelo adecuado y retrotraer la capacidad de las NTIC a su potencialidad cuantitativa y administrativa del poder y/o convencimiento ciudadano; igual que pasó con otros medios como la prensa, la televisión o la radio. También en su día la prensa, luego los radios libres y más tarde las televisiones locales apuntaron en la dirección de la profundización de la democracia cuestionando un modelo de participación que dejaba fuera a importantes sectores de la ciudadanía al convertirlos en espectadores. Estos medios facilitaron la generación y creación de opinión de sectores sociales no incluidos en las élites políticas tradicionales. El abaratamiento de los costes de producción hizo posible poner estas técnicas al servicio de otros intereses y deseos. Y este proceso de alguna forma empieza a reproducirse con la saturación de los espa-

cios comerciales y la proliferación de Web institucionales que reproducen en la red la esfera pública-política tradicional.

Sin embargo, las movilizaciones contra la guerra, las experiencias concretas de los jóvenes y los no tan jóvenes que echan mano de las NTIC dándoles la vuelta hacia un proceso de reconstrucción cívica y política, y las ponen al servicio de sus propias necesidades de acción y participación; todo ello puede, tal vez, romper una tendencia que como vimos se halla incrustada en la propia lógica de las NTIC.

Referencias bibliográficas

- Arendt, H. (2001): *¿Qué es la política?* Paidós, Barcelona.
- Bauman, Z. (2001): *En busca de la política*, FCE, México.
- Bilbao, A. (1999): *Principios teológicos de la lógica económica. Un análisis crítico del neoliberalismo*, UNAM, México.
- Bilbeny, N. (1999): *Democracia para la diversidad*, Ariel, Barcelona.
- Castells, M. (1986): *El desafío tecnológico. España y las nuevas tecnologías*, Alianza, Madrid.
- Castells, M. (2001): *La galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*, ed. Areté, Madrid.
- Cairo Carou, H. (2002): *Democracia digital. Límites y oportunidades*, ed. Trota, Madrid.
- Mouffe, Ch. (1999): *El retorno de lo político*. Paidós. Barcelona.
- Chomsky, N. (2001): *El miedo a la democracia*, Crítica, Barcelona.
- Chomsky, N. (2002): *La propaganda y la opinión pública*, Crítica, Barcelona.
- Echeverría, J. (1999): *Los señores del aire: Telépolis y el Tercer entorno*, Destino, Barcelona.
- Foucault, M. (1994): *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Madrid.
- Galcerán, M. y Domínguez, M. (1997): *Innovación tecnológica y sociedad de masas*, ed. Síntesis, Madrid.
- García Canclini, N. (1999): *La globalización imaginada*, ed. Paidós, Buenos Aires.
- Habermas, J. (1982): *Historia y crítica de la opinión pública*. Gustavo Gili Editores, Barcelona.
- Habermas, J. (1999): *La inclusión del otro. Estudios de Teoría política*, Paidós, Barcelona.
- Kohn, C. (s. f.): «Antinomias de la democracia liberal», Universidad Central de Venezuela, <http://www.bu.edu/wcp/Papers/OAppKohn.htm>.
- León, O., Burch, S. y Tamayo, E. (2001): *Movimientos sociales en la red*, ed. Agencia Latinoamericana de Información, Quito.
- Lledó, E. (2002): «Prólogo», en *Educación para la comunicación, televisión y multimedia*, Libro interactivo [CDrom] Máster en Televisión Educativa, Madrid.
- Mattelart, A. (2002): *La sociedad de la información*, ed. Paidós, Barcelona.
- Norman, D. (2002): *El ordenador invisible*, ed. Paidós, Barcelona.
- Pérez Tapias, J. A. (2003): *Internautas y náufragos. La búsqueda del sentido en la cultura digital*, ed. Trota, Madrid.
- Ramonet, I. (1995): *Cómo nos venden la moto*, Icaria, Barcelona.
- Rodotà, S. (2000): *Tecnopolítica*, ed. Losada, Buenos Aires.
- Roszak, T. (1998): *El culto a la información. El folklore de los ordenadores y el verdadero arte de pensar*, ed. Crítica, Barcelona.
- Thompson, J. B. (1998): *Los media y la modernidad*, ed. Paidós, Barcelona.
- Toffler, A. (1991): *La tercera ola*, Plaza y Janés, Barcelona.

- Vidal Beneyto, J. (ed.) (2002): *La ventana global*, ed. Taurus, Madrid.
- Villate, J. (1997): *Ricos y pobres en la aldea global*, www.cys.derecho.org/00/sur.html.
- Watson, D. (2002): *Contra la megamáquina*, Alicornio ediciones, Barcelona.
- Wolton, D. (2000): *Internet ¿Y después?*, ed. Gedisa, Barcelona.
- Wolton, D. (2000): *Sobrevivir a Internet*, Gedisa, Barcelona.
- Yarto, M. (2002): «Pros y contras de la Democracia electrónica», en *Hiper textos*, www.mty.itesm.mx/dhcs/hiper-textos/pros.html.
- Zubero, I. (2000): Participación y democracia ante las nuevas tecnologías, www.ull.es/departamentos/didinv/tecnologiaeducativa/doc-zubero.htm.